

icticios y de ideas disfrazadas, según confesó Carlos antes de su muerte, debiendo entenderse bajo el nombre de Pedro el duque de Osuna, y bajo el del capitán Briando á Jiacpieri; y se declaran las negociaciones para llevar á cabo la traición, y lo próxima que estaba á ejecutarse; por lo que Roberto, en la carta que escribió el 13 de marzo al duque de Osuna, y que fué hallada junta con otra del embajador en una calceta, recomendación de los mencionados hermanos Bulleó, como se ha dicho en otra comunicación, se lamenta de que se haya perdido la ocasión del negocio para que fué enviado á Nápoles el citado Lorenzo; diciendo, que si hubiese sido mandado con tiempo, las diligencias de Roberto hubieran tenido buen resultado, y que los hermanos Bulleó debían á la sazón encaminarse hácia aquel punto, los cuales le explicarían la sustancia del asunto. Por conclusión diremos, que cuando nuestra armada apresó al galeón del duque de Osuna, llamado San Francisco y Santa Catalina, que había salido de Trieste, donde descargó sal, nuestro capitán general de marina, advertido por su inveterada prudencia y vigilancia, aseguró y envió aquí al capitán Miguel Valentini y á Marin Mattei, de Ragusa, patron de dicho buque, y sometido al tormento al Valentini, declaró que las galeras de Osuna que apresaron nuestras dos galeras mercantes, se dirigían de órden del duque hácia Istria, para sorprender á Pirano, Capodistria y Mugia, y situarse en dichos tres lugares; añadió que iban en ellas quinientos infantes con destino á aquellos puntos, que debían fortificar y conservar en nombre del archiduque, uniéndose luego en Brindis con el resto de la armada, la cual se componía de treinta y cinco galeras y diez y seis galeones. Partiendo de Brindis, irían á medio golfo hasta Piragno, y dejarían allí los buques de alto bordo, por ser buen puerto; en Capodistria harían lo propio con la mitad de las galeras, en Mugia con la otra mitad, despues avisarían al archiduque, y de este modo, teniendo en su poder estos tres puntos principales, conseguirían indudablemente establecer la paz entre aquel y la República. Hecho esto, querían salir al encuentro á nuestra armada y empeñar con ella el combate, dejando parte de la gente en tierra y parte á bordo; la armada (según el dicho del expresado capitán) constaba de sesenta á setenta galeras, comprendiendo en este número las de España, Génova y otras, y además treinta y dos galeones. Expresó, que cuando encontraron las galeras mercantes y supieron que había sido apresada una falúa, querían ir á situarse en Pirano; pero en cuanto su general tomó estas galeras, formó resolución de retroceder. Las órdenes dadas al dicho general del duque de Osuna eran, que si la armada veneciana no quería combatir, tampoco combatiere la española, sino que siguiese su marcha á Pirano, punto de su destino. Cuando el duque vio á la armada de vuelta en Nápoles, sin haber ido á Pirano, en conformidad de sus órdenes, lo tuvo á mal, y Don Pedro de Leva, el general precitado, se excusó diciendo que había encontrado aquellas galeras, y no había querido perder la ocasión. La prudencia pública debe alarmarse considerando el mal que de todos modos nos amenazaba por contrario destino é influjo, y por la trama de las asechanzas hostiles. Valentini, mientras las galeras le daban caza, puso todos los escritos en una cajita, con peso en el fondo, y la arrojó al mar. Estos tres están aun en las cárceles, bien custodiados y sin decidirse su suerte, lo que se hará cuanto antes.

Los antedichos hermanos Bulleó debían precisamente, al verificarse su arresto, ir á Nápoles, para concluir el contrato, y Carlos declaró que habiendo hablado con el embajador sobre ello, le contestó que hubiera desempeñado siempre su parte, y que, según se hubiese resuelto en Nápoles, habría él acudido con provision de gente y demas á estos alrededores, no faltándole al efecto varios medios; el mismo embajador trató de indagar de él, si contaba con algun ciudadano ú otro

amigo de su confianza, apto para emprender un negocio de tal monta.

Por lo que hace á Crema, el principal y único autor de todo fué el teniente Juan Berardo, que se titulaba secretario del capitán Baldissera. Llevaba consigo de esta ciudad á aquella la infección de su alma, porque era amigo íntimo y compadre de Jiacpieri, y había estado alojado en su compañía en esta ciudad por espacio de cerca de dos meses; y habiéndosele noticiado su muerte, se dolió de ella, derramando lágrimas y mostrando temor de que le sucediese algun infortunio por esta causa; se dice que estaba entre los conjurados, cuando Moncassino condujo á Juven á hablar con ellos, y al llegar á Crema (según ha declarado), se hallaba en relaciones con el gobernador de Milan; por la conversacion que había tenido aquí con el embajador, antes de su partida, relatada por él puntualmente, parece que el referido embajador le dijo había escrito á Don Pedro recomendándole, y que en cualquier apuro debía acudir á él; tomó nota de su nombre y apellido, y Juan se mostró dispuesto á hacer todo lo posible para que la fortaleza de Crema fuese á parar á manos del rey, por lo cual le dió gracias el embajador; despues, cuando llegó á Crema, avisó al gobernador de Milan, manifestándole la prisa que tenía, y que era el que había hablado del proyecto con el embajador; aquel le mandó á decir, por conducto de Juan Forniero, enviado expresamente, que se alegrase, y le remitió dinero muchas veces. Este Berardo conservó por algun tiempo y hasta su prision las relaciones con el gobernador, siendo el mensajero entre ellos el citado Forniero. Los dos confesaron su delito y fueron, como queda expresado, condenados á muerte por el consejo de los Diez; sus sentencias han sido ejecutadas últimamente, de la manera que el mencionado consejo ha creído propias de las circunstancias actuales. El haberse descubierto lo de Crema, consistió en la justicia pública que se ejecutó en esta ciudad con los Rinaldi y los hermanos Bulleó; pues al llegar allí la noticia, Berardo sintió tales remordimientos de conciencia, que no pudo ménos de dar parte de todo. Aconteció tambien, que muchos otros Franceses, contaminados por esta maldad, partieron repentinamente y se salvaron con la fuga, considerando haber ganado la vida; muchos se retiraron á Nápoles, donde el duque les dió buena acogida y los recompensó. Por decreto del consejo de los Diez fueron sentenciados á muerte en otros puntos el capitán Jiacpieri, Langlada y Rossetti, secretario de Jiacpieri. En esta ciudad sufrieron la última pena Nicolas Rinaldi, los dos hermanos Bulleó, Juan Berardo y Juan Forniero; se dejó en libertad al capitán Baldissera, Juven, Arsilla, su querida, y otros cuatro individuos, todos Franceses, que habían sido presos, á consecuencia del tratado de Crema. Quedan otros seis ó siete encarcelados, cuya causa no tardará en fallarse. Hay algunas otras personas notables, que resultan complicadas en el proceso; pero por haberse sustraído de nuestro poder, merece considerarse bien antes de proceder á las proclamas contra ellos. Esta nacion ha experimentado los efectos del mal de Aquiles, la cual ha herido y sanado á nuestra República; y tan grande é innoble como ha sido el vicio y la flaqueza de alma al herirla, tanto mayor se ha mostrado su virtud y eficacia en curarla y aliviarla.

Excelsi Concilii Decem Secretarius.

PETRUS DARVINUS »

(N) pág. 842.

ABANDONO DE MESINA.

He hecho referencia en el texto á los preciosos documentos relativos á la sublevación de Mesina, sacados

de los archivos franceses, por Eugenio Sue, el cual expuso dramáticamente aquel hecho en su *Histoire de la Marine*, t. III. Traduciré aquí algunos pasajes pertenecientes al último acto de aquella revolucion, los cuales no dan lugar á comentarios para poner de manifiesto la pérdida política de aquellos tiempos.

Despues que La Feuillade, por medio de una serie de engaños, hubo embarcado las tropas y víveres, fingiendo una expedicion contra Palermo, así como los enfermos con el pretexto de haberse descubierto algunos síntomas de peste, se embarcó entre los aplausos de la ciudad engañada. Un testigo ocular cuenta lo siguiente:

« El duque de La Feuillade, habiéndose colocado fuera de tiro de cañon de la ciudad, mandó á los jurados que fuesen á bordo de la fragata de M. Janson, en la cual estaba comiendo, y habiendo aquellos llegado atónitos y estupefactos, les dijo: que el rey, su señor, siempre había estado en ánimo de continuar protegiendo la ciudad de Mesina, y que entonces, mas que nunca, se sentía con deseo de llevar á cabo la conquista de toda la isla, á cuyo efecto había mandado que á primeros de marzo pasase á ella un cuerpo de infantería y caballería; pero que Inglaterra se había coligado con los enemigos de S. M.; que conociendo que todas las proposiciones de paz que le habían hecho, no tenían mas objeto que dar tiempo á los Ingleses para unirse con los Españoles y Holandeses, le había ordenado que en treinta naves embarcase las tropas, hiciese partir las galeras y se dirigiese á la isla de Ponza, á fin de que los enemigos no pudiesen colocarse entre Mesina y las tropas que debían llegar de Francia; que si podían sostener la ciudad por dos meses, unidos los navios de S. M., tentarian la suerte de un combate; pero que si no podían defender la ciudad, tomaran el partido que les acomodase, pues que por su parte estaba resuelto á seguir rigurosamente las órdenes que había recibido.

Declaración tan inesperada fué como un rayo para los jurados, quienes conociendo la inutilidad de toda controversia, pidieron que, á lo ménos, se diese acogida en los buques á aquellos cuya fidelidad al rey de Francia dejaba expuestos á los mas duros suplicios. Sin rechazar el duque prelenion tan justa, la eludió, no concediendo mas que veinticuatro horas para que se embarcasen con sus familias y dinero. Viendo los jurados que tan breve plazo no era suficiente, se arrojaron á sus pies, manifestándole que era muy poco el tiempo que concedía á personas que tenían que abandonar su patria por toda la vida, pero el duque rehusó conceder mas larga dilacion, y los jurados partieron para llevar á la ciudad tan triste nueva. Inexplicable fué la consternacion de los habitantes cuando se enteraron de ella; llenos de miedo y desesperacion corrian á la playa infinidad de niños, mujeres y hombres llevando consigo cuanto creían poder trasportar para vivir en pais extranjero; resonaban por los aires los gritos y gemidos de aquellos desgraciados que querían embarcarse para huir de los Españoles que tan terriblemente debían castigar su rebelion y su union con Francia. Pedían con lágrimas en los ojos que se les recibiese en las chalupas que trasportaban algunas familias de senadores, que partían sin dilacion; mas viéndose rechazados, querían unos arrojarse á la mar, si no se tenía piedad de ellos, y otros se agarraban á las chalupas, mezclando los ruegos con las imprecaciones, no pudiendo separarlos de ellas mas que á sablazos. Á muchos mató la desesperacion, y finalmente, despues que el duque hubo embarcado cerca de cien familias de entre ochenta mil Mesineses que quedaban abandonados al furor de los Españoles, se dió á la vela, se detuvo algunos dias en Agosta, donde hizo saltar la Torre de Avalos, clavar los cañones de hierro, fundirlos y embarcarlos, y arrebató hasta las campanas. Vióse obligado á hacerse remolcar por las galeras, porque la

tempestad, que duró ocho dias, no le habría permitido atravesar el Estrecho, del cual á toda costa queria alejarse. El desconuelo de los emigrados que había recibido en la escuadra se redobló al llegar á Marsella, donde se vieron obligados á esperar hasta nueva órden; consolábales, no obstante, el pensar que muy pronto recibirían el permiso para ir á la corte, donde esperaban que su presencia despertaría la caridad del rey; pero se vieron destinados á diferentes puntos, muriendo de miseria la mayor parte de ellos.

Apénas habían partido los Franceses, Don Vicente Gonzaga fué nombrado virey por España y al llegar á Mesina, usó de una severidad extremada, dejó por tres dias á sus tropas que cometiesen toda clase de excesos, hizo prender y morir á la mayor parte de los Mesineses mas notables, volviendo de este modo toda Sicilia á la obediencia de España, que quiso mas arruinar aquel hermoso pais que dejar de saciar su venganza.

Divulgóse la noticia; pero no se queria creer. El duque de Estrée, embajador de Francia en Roma, escribía así al señor de Pomponne:

« Señor,

» El virey de Nápoles ha mandado una falúa á España y otra aquí para comunicar que habiendo partido de Mesina, el dia diez de marzo, el duque de La Feuillade despues de haber ordenado que todos los comerciantes franceses se trasladasen á Francia dentro del plazo de quince dias, había entregado los fuertes á los Mesineses y que habiendo embarcado hombres, mujeres, niños, enfermos y muebles de algunos senadores que no quisieron quedarse, se había hecho á la vela para Francia; que despues los Mesineses habían mandado diputados al conde Barbo y al obispo de Reggio, quienes habiendo entrado en Mesina en medio de las salvas de artillería, habían enarbolado el retrato, las armas y proclamado la amnistia del rey de España.....

» El embajador divulgó esta noticia en una audiencia que tuvo con el papa, y la comunicó á toda su faccion, de la cual recibió enhorabuena. Sus emisarios cuentan las cosas de distinto modo.....

» Semejante diversidad de noticias, y el nuevo correo que nunca acaba de llegar, mantiene la incertidumbre de que este anuncio sea verdadero ó falso, empezando á inclinarse á los que no creen en ella absolutamente á causa de la experiencia que tienen de la desverguenza con que los Españoles publican y sostienen los pormenores de las mas falsas noticias.....

» Tambien se observa en este anuncio, además de la diversidad de opiniones, su inverosimilitud; pues que si realmente hubiese querido el rey abandonar á Mesina por consideracion á los Ingleses, esto se hubiera ya verificado ántes que La Feuillade hubiese salido de Francia, así que S. M. no habría mandado un nuevo mariscal de Francia para hacer semejante abandono, ántes bien lo hubiera mandado verificar á M. de Vivonne, y que si esta resolución hubiese sido tomada despues de la partida de La Feuillade, el mismo correo que había llevado la órden, hubiera llevado una á Tolon, para que no partiese la escuadra..... Por lo tanto, si bien es verdad que un solo hecho extraordinario y contrario puede tal vez destruir muchos racionios fundados sobre el buen sentido y la verosimilitud, no obstante, esta noticia ha sido tan groseramente inventada, es tan contraria á las nociones antecedentes y á todas las probabilidades, que la sola desverguenza de los que la difunden y el número de sus partidarios han podido hacerla creer por algunas horas.....

Pocos dias despues el mismo duque hallaba que era cosa muy natural haber abandonado una ciudad tan lejana, tan poblada y que no podía recibir socorros mas que de lejos, cuya gente á cada paso conspiraba contra sus protectores, y como insulares tienen por dote la inconstancia y la infidelidad.

Así escribía despues el rey á este embajador.

« Primo mio.

17 junio 1678. San German.

» Mi celo tan ardiente por el bien de la Cristiandad, y el dolor con que veria abrirse un nuevo campo á las empresas que su irreconciliable enemigo podria intentar contra ella, me obligan á enviaros este correo extraordinario. Tengo aviso de Mesina que aquellos pueblos, los cuales con sensible afliccion han vuelto al yugo de España, quando el estado de mis negocios no me permitió librarles de él por mas tiempo, buscan todos los medios posibles para sacudirlo. Cuán insoportable y odioso les es, júzguese por la resolucion extraordinaria que han tomado, sabiendo yo, y no cabiéndome duda, que han escrito y despachado mensajeros en secreto á Constantinopla, no solo para pedir auxilio, sino tambien para entregarse á los Turcos. El disgusto que sentiria si viese a una ciudad, hasta ahora tan cristiana, caer en manos de los infieles, el peligro que amenaza al resto de Sicilia, y el temor de las armas de tan poderoso enemigo para el resto de Italia, me han movido á estudiar el medio de evitarlo. Ninguno me ha parecido mas oportuno que dar auxilio al papa, cuyo celo y caridad sabrán hacer de él el uso que mas oportuno juzgue para impedir tan grande daño, todo lo cual confio á vuestra prudencia. Él juzgará cuáles son las medidas que con respecto á este asunto hay que tomar con los Españoles, y creará quizá que los medios violentos de que acostumbra servirse España para castigar las faltas en que cree que han incurrido los Mesineses, son mas propios para exasperar que para curar semejante clase de males.

» Debo prepararme á rechazar una razon que los ministros de España alegarán tal vez para eludir los sabios consejos de Su Santidad, particularmente si penetran que el consejo proviene de mí; podrán atribuirlo al deseo de procurar algun alivio á los Mesineses que se quedaron en su país, y facilitar la vuelta á su patria de aquellos que se retiraron á Francia; pero en cuanto á estos últimos no tengo necesidad mas que de la paz que está á punto de firmarse, y en cuyas condiciones expreso la de su restitucion. Asegurad, pues, con el mayor empeño al papa, que en el consejo que le doy no llevo mas mira que ponerlo en estado de evitar un peligro tan formidable para Italia y para toda la Cristiandad: él podrá, si lo juzga conveniente, mantener esto en secreto, como haréis vos, y se aplicará á proporcionar un pronto remedio; pero que esté seguro que lo que yo le participo es cierto, y que el solo interes de la Cristiandad me hace obrar del modo que lo hago. Me complazco en creer que Su Santidad me agradecerá particularmente la atencion con que velo sobre asunto tan importante y que sé cuánto le interesa.

» Con esto, primo mio, etc.

» Luis.

» Añado á lo dicho anteriormente que la proposicion que se ha hecho á Constantinopla, para la empresa de Sicilia, designa á Agosta para punto de desembarco, en la cual fueron demolidas algunas fortificaciones, por cuya causa seria importante para los Turcos fortificarse allí, etc. »

(O) pág. 844.

GÉNOVA Y LUIS XIV. — BOMBARDEO.

El brutal comportamiento de Luis XIV con el embajador de Génova aparece mucho mas del modo con que Génova trató con el enviado de aquel monarca Pidou de Saint-Olon. Luis mandó á este que abandonase á Génova, y habiéndose retardado algun tanto, le dirigió reconvenções á las cuales Saint-Olon responde con la siguiente carta, que se halla en el archivo

de *Negocios extranjeros* de Paris: 1683 84. *Génes*, pág. 411 y sucesivas.

Á Génés, le 15 avril 1684.

Sire,

Ce que Votre Majesté m'a fait l'honneur de m'écrire le 12 avril me donne bien de la confusion et du chagrin en me faisant connaitre combien j'ai su mal interpréter ses royales intentions dans celle du 17 mars; et quoique je présume assez de ses grandes bontés pour me flatter qu'elle voudra bien ne point donner d'explication contraire à la sincère ingénuité des motifs qui ont retardé les effets de ma prompte obéissance, je veux, pour m'en punir moi-même et pour marquer un plus grand respect à Votre Majesté, supprimer toutes excuses qui pourraient donner à ma conduite une légère justification, et tâcher à réparer par la diligence de mon retour le crime innocent et involontaire du retardement de mon départ.

Il eût été néanmoins, Sire, assez difficile de l'avancer suivant les termes des premiers ordres de Votre Majesté, qui ne m'enjoignaient que de repasser incessamment dans son royaume avec toute ma famille, puisque, outre les embarras nécessaires et difficiles du déménagement et du transport des meubles de la maison entière, le peu de sûreté des chemins de terre et de mer n'ont pu me permettre encore, ainsi que Votre Majesté l'aura appris par mes précédentes dépêches, de faire partir avec mes ballots, prêts et embarqués, il y a plus de quinze jours, ceux de mes gens que j'avais destinés pour les accompagner; et que je suis même obligé de laisser ici toutes mes hardes jusqu'à ce que les bâtiments français se puissent croire à couvert des courses et des prises des Majorquins.

Mais quel qu'en doive être l'événement, je dois, Sire, et suis résolu d'en abandonner tout le soin pour n'en prendre plus d'autre que celui de me conformer entièrement aux volontés de Votre Majesté; aussi est-ce en cette vue que, n'en ayant reçu qu'avant-hier assez tard ses dernières explications, je me portai dès le soir même à l'audience des collèges pour m'en congédier, ayant cru, puisqu'il plaisait à Votre Majesté de m'en laisser le choix, qu'il était bon de faire voir à la République que je n'ai pas moins d'honnêteté sur ce qui regarde les devoirs de bienséance, qu'elle aurait trouvé de désintéressement en moi sur ce qui aurait pu m'engager en quelques obligations envers elle, si elle m'en eût donné l'occasion par l'offre de quelque présent; mais soit pressentiment, épargne, manque de temps ou défaut de volonté, elle ne s'est point mise en état de l'éprouver, et a seulement répondu à ma civilité par l'envoi de quatre gentilshommes, dont je refusai la visite, parce que n'ayant plus de meubles et ne songeant qu'à partir, je n'étais plus en commodité de les recevoir. Je fus au sortir de là chez monseigneur l'archevêque, je fis faire le lendemain des compliments à l'envoyé d'Espagne et au prince d'Oria, lesquels m'ont aussi rendu visite et compliments, et je me suis mis en état de partir infailliblement demain matin, sous la bonne foi d'un passe-port authentique que j'ai obtenu du comte Melgar, pour me rendre incessamment et par la voie la plus courte aux pieds de Votre Majesté.

Cependant, Sire, pour ne pas manquer de rendre compte à Votre Majesté, comme je le dois, de ce que j'apprends, et de ce qui se passe ici pendant que j'y suis, je me donnerai l'honneur de lui dire qu'il n'y paraît pas moins de terreur que de certitude d'une prochaine attaque de Génés ou de Savone par l'armement naval de Votre Majesté, et que les différents avis que ces gens-ci en reçoivent, joints à ce que le sieur de Marini leur écrit de la réponse peu satisfaisante que Votre Majesté a nouvellement faite aux instances réitérées de milord Preston en leur faveur, les ont jetés dans une consternation si grande et si subite,

que rien n'est pareil à la précipitation de leurs conseils et à l'aveuglement de leurs résolutions. Ils s'assemblent soir et matin depuis cinq ou six jours; ils ont fait quantité d'officiers pour l'artillerie, pour la marine, pour leurs murailles et pour le commandement des troupes qu'ils prétendent employer à leur défense; ils ont dépêché à Milan et envoyé prier le résident d'Espagne de joindre ses offices à leurs instances pour hâter la venue des galères de Sa Majesté Catholique; et les collèges ont enfin fait passer au grand conseil la dérogation si souvent tentée par le doge et la faction d'Espagne de la loi qui ne permettait pas au consiéglette de faire aucunes ligues, traités, confédérations et autres choses de cette nature, qu'elles ne fussent autorisées par le concours de quatre cents des leurs suffrages, en sorte que les deux tiers y suffiront dorénavant. Comme ceux qui sont opposés à cette faction ne composent pas ce nombre, il est constant qu'on peut dire que la République est aujourd'hui sous l'entière disposition du parti d'Espagne; mais il y a beaucoup d'apparence que sous un chef qui lui sera moins dévoué, cette nouvelle loi, qui donne au consiéglette une autorité trop étendue et trop importante aux intérêts généraux et particuliers de toute la noblesse, pourra bien recevoir des atteintes préjudiciables à l'union et à la tranquillité de ce gouvernement.

Ses galères qui étaient allées en Corse, en sont revenues avant hier et ont tiré la République par leur retour d'une grande appréhension qu'elle avait conçue sur leur sujet.

Voilà, Sire, toute l'information que le peu de temps qui me reste encore à être ici me permet d'en donner à Votre Majesté, que je supplie très-humblement, etc.

Noticia de quanto acaeció delante de Génova desde el 17 de mayo, en que llegó el ejército, hasta el 28 en que se verificó su partida.

De la *Biblioteca real* de Paris; *misceláneo de Clairrembt*, v. 257, pág. 319, ap. SUE, IV, 491.

M. le marquis de Seignelay y étant arrivé devant Génés avec quatorze vaisseaux, dix galiotes, deux brûlots, deux frégates, vingt-une tartanes, trente chaloupes, trente-huit bateaux, dix felouques et vingt galères, après les saluts et les cérémonies accoutumés du sénat, que députa à M. de Seignelay, le 18 sur les neuf heures du matin, après leur avoir fait connaître les intentions du roi et les sujets de plaintes qu'ils ont donnés à Sa Majesté, leur demanda de sa part les quatre corps de galères qu'ils firent construire l'année dernière et armer pour les Espagnols, l'une desquelles serait armée et en état de naviguer; l'entrepôt du sel à Savone; et que quatre sénateurs iraient demander pardon au roi de leur conduite à son égard, et le prier d'oublier le passé.

Les députés du sénat demandèrent avec beaucoup de soumission du temps pour assembler le conseil et en délibérer; M. de Seignelay leur accorda jusqu'à cinq heures du soir, et leur dit que s'ils passaient cette heure, ce ne serait plus les mêmes conditions; et qu'ils devaient s'attendre à la desolation de leur ville, s'ils n'accordaient pas ce qu'il leur demandait de la part de Sa Majesté.

Cependant l'armée se mit en état, et les galiotes se portèrent sous le canon de la ville, et si près que le commandant des galères de Génés envoya prier M. de Seignelay de faire retirer ces bâtiments qui étaient sous son canon: à quoi l'on ne fit aucune réponse.

Sur les quatre heures et demie, les Génois, au lieu de venir rendre compte de leur délibération, tirèrent sur nos galiotes, lesquelles commencèrent à jeter ses bombes dans la ville, et ont continué jusqu'au 22, que M. de Seignelay fit cesser le feu et envoya le major des vaisseaux leur dire qu'il était informé du désordre

que les bombes avaient fait dans leur ville, qu'ils étaient encore à temps de répondre aux propositions qu'il leur avait faites; ils demandèrent jusqu'au lendemain, ne pouvant pas répondre sur l'heure sans s'assembler.

Le lendemain matin, M. de Seignelay ne recevant point de réponse, fit recommencer de jeter des bombes; quelque temps après, ils envoyèrent un homme sans caractère dire qu'ils ne pouvaient point s'assembler sous le feu et à la chaleur des bombes; que leur consolation était qu'ils n'avaient point mérité le traitement qu'ils recevaient, et que toute la Chrétienté se plaindrait. On recommença à tirer de part et d'autre, et à résoudre la descente qui avait été projetée.

Le 24, deux heures avant le jour, M. le marquis d'Amfreville, chef d'escadre, fit une fausse attaque du côté de l'est, proche les infirmeries, avec six cents hommes, et M. le duc de Mortemart fit une descente à la pointe du jour à Saint-Pierre-d'Arène, avec deux mille cinq cents hommes, et sous lui M. le chevalier de Jourville, lieutenant-général, MM. les chevaliers de Lery et de Berthomas, chef d'escadre, avec plusieurs capitaines et officiers subalternes, le major des galères, les gardes et officiers de la compagnie de M. le duc de Mortemart.

L'on débarqua proche un pont du côté de l'ouest, vis-à-vis une enceinte de murailles, où on trouva une résistance, d'où les ennemis firent un très-grand feu: s'y étant retranchés, ils en furent vigoureusement chassés par les ordres que M. le duc de Mortemart donna si à propos dans le commencement et dans la suite de l'action, qu'il s'est fait admirer dans le succès d'une entreprise aussi dangereuse.

M. le chevalier de Lery se fit porter proche un marais rempli de roseaux et un petit bois couvert, où une partie des ennemis s'était retirée, et d'où ils continuèrent de faire un très-grand feu; pour leur ôter la communication d'un pont qui leur était fort avantageux; quelques-uns se cachèrent dans les palais, et nous tuèrent assez de monde, sans pouvoir découvrir d'où venait le feu.

Une autre partie des ennemis gagna du côté de l'est, vers la fanal; MM. les chevaliers de Jourville et de Berthomas, avec d'autres officiers des vaisseaux et des galères, les suivirent, et coupèrent le chemin à ceux qui pouvaient venir du côté de la ville.

M. le duc de Mortemart ayant fait poster le reste de ses troupes en divers endroits du faubourg du côté de la ville, et ayant donné les ordres nécessaires pour s'en rendre le maître, ordonna qu'on fit débarquer les artifices, et qu'on commençât de mettre le feu au faubourg du côté de la ville, toujours en se retirant jusqu'au lieu où l'on avait fait le débarquement, et d'où il fit sa retraite après que le feu eut été mis par tout le faubourg.

M. le chevalier de Noailles, lieutenant-général des galères, et M. le commandant de la Bretesche, chef d'escadre, furent commandés, avec dix galères, pour canonner les batteries du fanal, et pour favoriser la descente et la retraite de nos troupes; six galères, par M. le chevalier de Breteuil, chef d'escadre, pour soutenir les galiotes, et les quatre autres par M. le comte de Beuil, capitaine de galère, pour la fausse attaque de M. le marquis d'Amfreville.

Cette action ne se fit pas sans une perte considérable de part et d'autre.

Otro en el archivo di Parigi, *Affaires étrangères*, Génés, 1682-84, pág. 203.

Sur les premières nouvelles qu'on reçut à Génés que l'armée navale du roi venait de ce côté-là, les marchands français y furent menacés par le peuple, et ne purent depuis sortir quoi que ce soit de leurs maisons, parce que leurs voisins les en empêchèrent; lorsque la flotte parut, les menaces devinrent plus violentes, et les Français ne voyant pas de sûreté pour leur vie, prirent le parti d'abandonner leurs biens

et leurs familles pour se retirer les uns dans la ville, les autres dehors dans des couvents de religieux. D'abord qu'on eut tiré les premières bombes, on pilla les principaux, sans même épargner le sieur Aubert, consul de la nation; on enfonça les portes de leurs boutiques, on prit leur argent, leurs marchandises; et leurs papiers, aussi bien que leurs livres de compte, furent brûlés ou déchirés. Le lendemain il se forma dans la ville un corps d'environ quatre cents hommes du peuple, lesquels, agissant de leur chef et de concert, se divisèrent en quatre troupes, et achevèrent d'enlever tout ce qu'ils découvrirent appartenant aux Français. Ils en usèrent de même à l'égard de plusieurs Piémontais; et, sous prétexte de chercher ceux de l'une ou de l'autre nation qui se cachaient, ils entrèrent dans les maisons de quelques Gênois et les pillèrent; mais le sénat, par prétexte de chercher ceux de désordres, commit le sieur Charles Japis, maître de camp général, avec une pleine autorité de se servir des voies qu'il jugerait à propos pour cela, lequel fit publier une défense générale, sous peine de la vie de porter des armes, et commanda quelques détachements de troupes d'Espagne qui arrêtaient en deux jours trente ou quarante de ces voleurs, qu'il fit arquebuser, et par là il dissipa entièrement les autres; ce qui donne lieu aux Espagnols de se vanter qu'ils ont sauvé Gênes, autant de ses propres habitants que des armes des Français. Le sénat fit ensuite publier que tous ceux qui avaient pillés les effets des Gênois et des étrangers eussent à les rapporter au palais neuf, à peine de la vie; mais il y en eut si peu qui obéirent, qu'on peut dire que cet ordre demeura sans exécution. Cependant la perte des Français a été fort grande, et les Gênois mêmes tombent d'accord qu'elle va à plus de cinq cent mille écus.

Il serait long et inutile de faire ici le détail des insultes qui ont été faites presque à tous les Français qui ont paru en ce temps-là dans les rues; il suffira de dire qu'il y en a deux qui ont été tués, l'un avec une barbarie sans exemple, l'autre avec une perfidie qui fait horreur. Le premier fut avec une troupe de Gênois, qui en le menant lui donnaient à l'envi des coups de baïonnette, et qui, l'ayant conduit sur le môle, lui coupèrent la tête, mirent son corps en quartiers, et en jetèrent les pièces dans les canons qu'on tirait sur la flotte du roi. L'autre s'étant réfugié avec tous ses effets chez un Gênois qui se disait son ami, et qui lui avait offert sa maison, fut tué par cet homme d'un coup de pistolet par derrière.

On n'a point su encore précisément les noms des Gênois qui ont été maltraités pour avoir été soupçonnés d'être d'inclination française, si ce n'est le sieur Christophe Centurion, qui fut pris, attaché et battu par une troupe de canailles, des mains desquels Hippolyte Centurion, son parent, qui commandait au môle, ne le put tirer qu'en les assurant que c'était pour le faire mourir plus ignominieusement; mais il ne le garda qu'un jour ou deux, après quoi il le laissa aller pour lui donner le moyen de se remettre en sûreté à la campagne.

On pourrait encore comprendre dans ce nombre le capitaine Pallavicini de la Valtelline, lequel, accusé d'intelligence avec les Français pour avoir supposé, à ce qu'on dit, un ordre qui ne lui avait point été donné de changer de poste, fut mis en prison, et y est encore.

On n'a point appris que les nobles aient pris aucune part aux mauvais traitements qui ont été faits aux sujets de Sa Majesté; ils ont, au contraire aidé à les sauver; ils les ont fait recevoir dans leurs maisons de campagne, et leur ont fait donner des escortes pour sortir de l'Etat, après en avoir retenu une partie dans les palais pour les mettre à couvert de la fureur du peuple. Les deux courriers ordinaires de Rome, qui dans les commencements s'étaient malheureusement engagés dans la ville, ont assuré aussi que le doge et les officiers de la République leur avaient accordé tout

ce qu'ils avaient demandé pour se garantir d'insulte. On a su même que Dominique Spinola ayant été accusé d'avoir donné asile à quelques Français en son château de Campi, comme il était vrai, le sénat ne l'a point désapprouvé.

À l'égard de l'effet des bombes, il a été terrible de toute manière. Les premières qui tombèrent dans la ville y mirent partout d'abord une confusion incroyable, et elle augmenta considérablement lorsque la nuit fit voir plus distinctement les feux dont le palais public et ceux des particuliers étaient embrasés. Ce fut alors que la plupart des gens, même ceux de la noblesse, abandonnèrent leurs maisons pour mettre leurs personnes en sûreté, et se sauvèrent sur la montagne; le doge s'y retira avec sa femme et avait de meilleur, ce fut une autre manière de confusion; les hommes et les femmes de toutes sortes de conditions allaient criant et courant confusément dans les rues, chargés de tout ce qu'ils pouvaient porter, sans savoir même où ils le devaient mettre, et ce fut en ce temps-là que sous l'escorte d'un détachement d'Espagnols, on fit transférer à l'Albergo le trésor de Saint-Georges, et que les Juifs qui se réfugièrent hors de la ville, se mirent sur une colline où ils étaient campés sous des tentes en fort grand nombre; il sembla que ce fut une nouvelle ville.

Enfin la perte est si considérable que, parmi ceux qui la connaissent davantage, les uns disent qu'elle est de soixante millions d'écus, monnaie de France; les autres qu'on ne saurait presque l'estimer, si l'on fait réflexion aux bâtiments, aux marbres, aux peintures, aux meubles et aux marchandises qui y ont péri; un marchand joaillier a même dit qu'il s'y était fondu une quantité considérable de perles, dont on fait un grand commerce dans cette ville-là.

Mais, quelques désordres qu'il y ait dans la ville, il n'y en a pas moins dans le gouvernement. Le doge, quatre sénateurs et quatre nobles, tous attachés à l'Espagne par leurs intérêts particuliers et qui ont été nommés dans cette conjoncture, par la République, pour la direction générale des affaires, avec une autorité entière et indépendante des conseils, en forment un qu'ils appellent la junte, et sont les maîtres absolus de toutes les délibérations; en sorte qu'il ne faut pas s'étonner s'ils ont fait, depuis le départ de l'armée navale du roi, une nouvelle ligue offensive et défensive avec l'Espagne, et s'ils ont donné un décret portant défense à tous les Gênois de proposer de ne s'accorder avec la France que du consentement de l'Espagne. Ils ont envoyé leurs dix galères, commandées par Jean Maria Doria, à la rencontre de celles d'Espagne, lesquelles étant arrivées le 16 de ce mois devant Gênes, au nombre de vingt-sept, et ayant été saluées, selon la coutume, n'ont répondu que par trois coups de canon, et ont commencé par là à traiter les Gênois comme leurs sujets; ces galères n'ont pas été plus tôt dans le port, que les officiers qui les commandent y ont choisi les lieux où ils ont voulu se placer, et ont mis en chacune de celles de la République une compagnie de Napolitains pour en être les maîtres comme des leurs; dans le même temps on a remis aux troupes du Milanais qui étaient dans la ville les postes du Palais public, du Castellet, de la Lanterne, la porte du Pont-Réal et celle de Saint-Thomas; de sorte que ce jour-là a paru celui d'une véritable prise de possession, et que les Espagnols commencent à dire que l'acquisition de Gênes peut bien les consoler de la perte de Luxembourg. Cependant la junte a résolu de faire construire encore trois galères, lesquelles, avec les dix autres et les vingt-sept d'Espagne, feront une flotte de quarante. Par un décret qu'elle a fait publier, elle accorde le titre de noblesse à qui armera un vaisseau pour aller en course contre les Français,

et promet des récompensas à ceux qui voudront armer des barques à même fin. Pour subvenir aux dépenses nécessaires, cette junte a résolu de faire de nouvelles impositions, outre la taxe de trois pour cent qui fut faite il y a un mois sur tous les sujets de la république; et parce que quantité de noblesse et de bourgeoisie avaient quitté la ville dans le commencement du désordre, on a publié un décret par lequel il est ordonné aux absents de revenir, et défendu à tous autres d'en sortir, à peine de confiscation de leurs biens.

Le terço Espagnol de Don Francisco de Cordova, celui de Lombardie de Capotroppa, capitaine Barile, sont du nombre des troupes que le comte de Melgar a admis dans Gênes, mais c'est la république qui les paie et qui fournit le pain de munition. »

(P) pág. 849.

CAMBIOS INTRODUCIDOS EN LAS COSTUMBRES DE LOS FLORENTINOS EN 1600.

Apénas se concluía un contrato matrimonial, los interesados de una y otra parte daban cuenta en persona á los parientes mas próximos, ó por medio de un criado á los mas remotos, y para el dia señalado, para que la jóven saliese con el traje de esposa, se invitaba á los parientes hasta el tercer grado á acompañarla á la misa, y al salir de su casa se encontraban en la puerta una porcion de jóvenes, que hacian el serrallo, que era regocijarse con la esposa por sus satisfacciones, manifestando que no la querian dejar salir, si no les daba alguna cosa; á lo que la desposada contestaba con atencion y les daba un anillo, un brazarete ó cosa semejante, y entónces el que habia hablado (que era siempre uno de los mas jóvenes y notables de ellos) daba las gracias y se dedicaba á servir á la esposa, llevándola apoyada de su brazo hasta la carroza, ó por toda la calle si iba á pié, como ocurría con mas frecuencia, y al regreso á su casa, se quedaban para asistir al banquete todos los parientes que habian sido invitados, despidiendo á los que componian el serrallo. El anillo se devolvía otro dia, en el cual se daba un gran almuerzo de confitura blanca, y un baile donde habia sala capaz para ello, ó bien se jugaba á juegos divertidos si era estacion de velar. Para sentarse á la mesa en los banquetes, habia á la cabecera de la sala un hombre que por medio de una lista que tenia en la mano llamaba á cada uno segun el orden de grados de parentesco, y de este modo iba cada uno á su respectivo lugar sin confusion, colocando á un lado las mujeres y á otro los hombres. Miéntras estaban en el banquete de las bodas, solia comparecer ordinariamente un enviado de aquel que habia hablado en el serrallo, que llevaba á la esposa en un gran vaso de flores ó entre guantes de olores el regalo que de ella habia recibido, y el esposo le devolvía el vaso con treinta, cuarenta y hasta sesenta ó cien escudos, segun sus facultades, los cuales invertía aquel con sus demas compañeros en una cena, ó en hacer una mascarada, ó en otra fiesta semejante.

Despues se omitió hacer el serrallo, porque comenzaron algunos á servirse del dinero para sí mismos, y de aquí el que esta costumbre no se reconocia mas que en la corte, y solo cuando una de las damas de la serenísima gran duquesa va á casa desposada, en cuyo caso los pajes del gran duque le hacen el serrallo y la sirven hasta la puerta del palacio, invirtiendo despues el dinero en un banquete entre sí mismos.

Tambien se omitió en los banquetes el llamar á los parientes para sentarse á la mesa por el orden de grados de parentesco, de donde parece que han nacido dos desórdenes, esto es, que todos los convidados no saben su grado respecto de los demas, y se ponen á hacerse tantas ceremonias por querer que

impere el puesto preferente á los demas, que causa gran confusion y disgusto á los que ya están en su sitio. El otro es que en vez de muchos parientes, se convida á los amigos que se sientan á la mesa mezclados con aquellos, y á las veces son tantos estos amigos, que excluyen del convite á muchos parientes (por no ser la habitacion capaz para tantas personas), y se va perdiendo aquella familiaridad que debería haber entre personas unidas con los vínculos de la sangre.

Igualmente se omitió dar cuenta del enlace á los parientes, ya en persona, ya por medio de otros, habiéndose introducido la costumbre de hacerlo por billetes, escribiendo en una cuartilla de papel: « F. da cuenta á V. S. Illma. que su hija ó hermana N. ha contraído matrimonio con el señor F., y habita en tal calle. » Estos billetes se entregan á un criado ó á otro de la familia, que los lleva adonde van dirigidos, dejándolos en la casa de cada uno, y como algunos han comenzado á imprimir estos billetes por evitarse trabajo, parece que se puede presumir que este uso se haga general.

La funcion del anillo se ha hecho siempre en casa, aunque algunos por devocion han querido darlo en la iglesia, y las desposadas vestian aquel dia de blanco y con un traje que tenia las mangas abiertas hasta el suelo; pero despues se ha omitido, y el color y moda del vestido se ha hecho á cada esposa segun el uso de las demas mujeres y del color que mas le agrada.

Apénas moria alguno se daba cuenta á los parientes, y el difunto se exponía durante el dia en una sala ó habitacion grande, en el suelo entre muchas luces, y se adornaba con telas negras, no solo dicho lugar, sino tambien todo el espacio que habia de allí á la puerta de la casa que daba á la calle, de modo que los que pasaban tenian una señal que les indicaba que podian entrar á bendecir al muerto, y al mismo tiempo los parientes, ya fueran padres, hijos ó hermanos, estaban en una habitacion con las ventanas casi cerradas, y recibian las visitas de luto de los parientes y amigos sin levantarse á recibirlos, ni acompañarlos. Al anochecer se llevaba el difunto á la iglesia, acompañado de cuatro ó seis comunidades de frailes y algunos clérigos con hachas amarillas en la cruz y al rededor del féretro, y cuyo número ascendia ordinariamente á diez y ocho ó diez y seis, ó veinticuatro ó veintidos, ó mas ó ménos segun las facultades. Miéntras se decian en la iglesia las oraciones ordinarias, se ponía al féretro bajo de un túmulo con cirios amarillos, y despues se daba sepultura al cadáver. Á la mañana siguiente se hacian las exequias, á las cuales eran convidados todos los parientes para asistir á la misa de *requiem*, y estaban á un lado los hombres y á otro las mujeres en bancos cubiertos de negro, segun el orden de proximidad de parentesco, y en medio se elevaba un catafalco con muchas luces de cera amarilla. Acabada la ceremonia, se volvía á acompañar á los parientes próximos del difunto hasta su casa, si estaba cerca de la iglesia, si no, se despedía á todos á la puerta de la misma iglesia, y en esta funcion los parientes mas allegados al muerto llevaban un velo que pendia por todos lados, desde la guarnicion del sombrero hasta la mitad del pecho.

Despues en vez de tener expuesto el difunto en su casa, se principió á enviarlo por la noche y privadamente á la iglesia mas próxima á la casa ó á una parroquia ó cofradía, y allí se le tenia expuesto, y de allí se le llevaba á la sepultura como ántes se ha dicho.

Tambien varió esto, porque se comenzó á tener el muerto en casa privadamente hasta la noche, y entónces se llevaba á la iglesia, donde estaba expuesto la mañana siguiente durante la celebracion de todas las misas, y se omitió llamar á los parientes á las exequias y el uso de cera amarilla, introduciéndose la blanca, como tambien el llamar tantas comunidades